

Diálogo interreligioso

2015 es un año de efemérides que nos interpelan: cien años de la deportación forzosa y exterminio de los armenios, setenta años de la finalización de la Segunda Guerra Mundial y, con esta, de la liberación de los campos de concentración donde fueron asesinados millones de judíos.

Este *dossier* recoge testimonios de personas vinculadas a diferentes ámbitos de la religión, la cultura y la política. Es una invitación a la reflexión y fundamentalmente al diálogo entre quienes profesan creencias diferentes.

Para no olvidar el horror pasado.
Memorial del Holocausto del Pueblo Judío,
Montevideo.

Foto: Martina Steffen



El diálogo interreligioso como indicador de la calidad democrática

—» ENTREVISTA CON NÉSTOR DA COSTA

Doctor en Sociología por la Universidad de Deusto, Bilbao, España. Especializado en sociología de la religión. Autor de varias investigaciones, artículos y libros en su especialidad. Director académico del Instituto Universitario CLAEH, Uruguay.

DIÁLOGO POLÍTICO: *Uruguay es un país laico. ¿En qué medida lo religioso incide en la política?*

NÉSTOR DA COSTA: Quiero matizar un poco la afirmación de que es un país laico. Es un Estado laico; el país, la sociedad, son plurales. Los uruguayos normalmente decimos que tenemos un país laico; en realidad, es un país con un modelo de laicidad muy fuerte. La sociedad es plural, aquí hay todo tipo de expresión religiosa.

La separación entre política (como construcción de la polis) y religión, en el modelo uruguayo de laicidad, se hizo muy tajante. Como que la política no podía tocar nada que tuviera que ver con lo religioso o al revés. Salvo acá y en Francia, eso no existe en ningún lugar del mundo. Pero a veces creemos que lo que sucede en Uruguay es lo normal en el mundo.

El modelo de laicidad uruguayo es un poco más radical que el francés. Ha llegado a extremos de separación de lo religioso del resto de la vida de la polis. Pero, cuando uno sale del país y estudia un poco más, se da cuenta de que somos la excepción. Lo que nosotros pensamos que es lo normal, en realidad es la excepción. Entonces nos puede sonar raro esto del vínculo entre religión y política.

En la medida en que la religión toca las convicciones fuertes de los seres humanos, que también están insertos en colectividades políticas, es muy difícil separar del todo lo uno de lo otro. Porque de alguna forma hay una concepción de verdad de cada uno que juega en lo religioso, pero también en sus ideas políticas. En ese sentido es muy difícil separar o pretender que desaparezca lo religioso de la vida de las personas. Si es una convicción de fondo, no les podemos pedir a los ciudadanos que la olviden para hacer política.

Otra cosa es que la política instrumentalice lo religioso o lo religioso instrumentalice la política partidaria, de Estado. Entonces la preocupación de la laicidad es cómo convivir con las distintas experiencias, convicciones de verdad, asegurando que nadie le pueda

« Los uruguayos normalmente decimos que tenemos un país laico; en realidad, es un país con un modelo de laicidad muy fuerte. La sociedad es plural, aquí hay todo tipo de expresión religiosa »

imponer a otro ninguna, y que el Estado tampoco le pueda imponer a nadie ninguna. Ese es el esquema básico de la laicidad: ser un acuerdo para la convivencia.

En el caso de Uruguay hay un matiz en la aplicación del modelo propio de laicidad y es que se intenta que lo religioso desaparezca de lo público. Es bastante más complejo: hay una idea de que la religión no puede ni siquiera aparecer. Un caso típico fue la cruz del papa. Ese debate ya tiene muchos años, pero fue muy ejemplificador de cómo una parte del mundo de la laicidad, quizás la más radical, ve la necesidad de exclusión de lo religioso de la esfera pública. En inglés, la palabra *laicidad* no existe, en alemán tampoco; quiere decir que ese fenómeno no tiene significación cultural para todo ese mundo, ni para el anglosajón ni para el germano. Entonces tenemos que empezar a desglosar qué quiere decir *laicidad*.

Estados Unidos —es un caso típico— tiene separación de Iglesia y Estado por la enmienda número uno de la Constitución, pero tiene una clara aceptación de lo religioso en lo público. Nosotros tenemos separación institucional, y el modelo hegemónico de

la laicidad en el Uruguay ha implicado sacar lo religioso del medio, de lo público. Estamos en vísperas de Semana Santa, de Turismo; legalmente en Uruguay es Semana de Turismo. Del mismo modo que el 25 de diciembre en Uruguay es el Día de la Familia y el 6 de enero es el Día de los Niños, lo que refleja el esfuerzo que se hizo en Uruguay para borrar, hasta del calendario, los vestigios de lo religioso. Esa forma de concebir la relación entre la polis, las convicciones religiosas y las confesiones fue muy acorralante en el Uruguay. El país, que estaba preocupado por la hiperintegración, por disminuir las diferencias, por deberle al Estado una fidelidad muy fuerte —al mejor estilo jacobino francés—, hizo eso.

Ahora nos encontramos en un mundo que va por el otro lado. La diversidad es lo reconocible; el ser diverso, el ser distinto, ha ganado espacio y aceptación en las sociedades democráticas. La UNESCO ha aprobado una Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural, y en Uruguay generamos leyes para amparar la diversidad, la no discriminación sexual, de raza, etcétera. Sin embargo, no se aprecia esa misma preocupación por amparar la expresión de la diversidad religiosa, siendo la libertad religiosa es uno de los derechos fundamentales en la Carta de Derechos de Naciones Unidas.

Entonces llama la atención que en el Uruguay todavía no haya habido un reclamo de más reconocimiento de lo religioso en lo público como un derecho. Hay, en cambio, una hegemonía que se preocupa muy fuertemente por contestar cada aparición de lo religioso



Néstor Da Costa en la biblioteca de la FKA oficina Montevideo
Foto: Agustina Carriquiry

en lo público; de lo religioso en general, pero sobre todo de la Iglesia católica, como en el caso de la cruz del papa; unos años después estuvo el caso de Lemanyá y no hubo ningún problema, nadie protestó contra la instauración de ese monumento religioso en el espacio público. A veces tengo la sensación de que estamos viviendo como si la realidad fuera la de hace cien años, de fines del siglo XIX, comienzos del XX,

cuando sí había una Iglesia católica intransigente, que disputaba la modernidad, que no la reconocía y que tenía intenciones de seguir controlando esferas que hoy controla el Estado. Cien años después eso no tiene mucho sentido; la Iglesia católica uruguaya es una iglesia relativamente débil, no tiene pretensiones. En estos días tomó posesión el nuevo cardenal, hubo un acto, y una de las cosas que decía es que la Iglesia católica no tiene pretensión de marcar la agenda política, de marcar la vida de nadie, ni de imponerle nada a nadie, sino de vivir pluralmente en una sociedad plural.

Entonces las realidades son muy distintas. El Uruguay va a transitar decididamente —a los ritmos uruguayos— un reposicionamiento de la laicidad. En los hechos, algo que nunca se había dado es que en las últimas dos elecciones hubo grupos políticos religiosos; mejor dicho, grupos religiosos que presentaron listas electorales, en el Frente Amplio y en el Partido Nacional, específicamente. Uno se pregunta qué hubiera pasado si alguna lista fuera de una iglesia tradicional o de la Iglesia católica. Se está modificando ese vínculo entre lo religioso y lo político. Como sociólogos no es bueno hacer futurología, sino ver que hay tendencias que van marcando pistas hacia un cambio. Un cambio, a esta altura, es absolutamente necesario.

Están en discusión los modelos de laicidad. Básicamente hay dos formas de entender lo religioso en el mundo occidental. Hay un modelo integrador: reconozco tus derechos, te integro y te genero todas las condiciones

para garantizártelos, dejar que los manifiestes, etcétera. Un caso típico de esto es la Alcaldía de Londres, que festeja todas las fiestas religiosas de todos los grupos que hay en la ciudad. Londres tiene un 62 % de población no londinense, en ocho millones de habitantes. Y el otro caso es el francés, que es segregador: vos venís acá y tenés que disciplinarte a la República Francesa, perder toda fidelidad a tus convicciones particulares, tenés que dejarlas de lado.

Esos dos modelos son los que están en juego hoy en día. El diálogo interreligioso es un diálogo básico. Hay personas que tienen una apuesta de fe en sus vidas que manifiestan institucionalmente en formas diferentes. Entonces, que en el mundo actual personas con diferentes convicciones de fe puedan vivir sin dialogar en la polis, en la sociedad en que viven, no me parece *civilizado*, para usar una palabra que no es la correcta. No está acorde con un tiempo de derechos, de diversidad, de reconocimiento del ser humano, de reconocimiento de sus convicciones, de sus opciones sexuales, personales, filosóficas.

Uno tiene la sensación de que el diálogo interreligioso es imprescindible. Como el diálogo entre las religiones y el Estado, las corrientes filosóficas y políticas; en definitiva, el diálogo en la sociedad es imprescindible, sea en lo referido a los actores religiosos o a los políticos. Obviamente los diálogos van a traer conflictos; vivir en sociedad implica conflictos. El tema es si uno apela a resolverlos en perspectiva impositiva o si apela a resolverlos en forma dialó-

gica, en que ya no es «yo te digo algo», sino que dialogo contigo, intercambio y genero cercanías, encuentros. También diferencias, pero que se van a ir procesando en el marco de una sociedad que debe entenderse para que sus integrantes puedan vivir juntos.

—¿Considera que, en ese afán por la laicidad, hay falencias en la educación pública uruguaya por no enseñar no una, sino varias religiones?

—Sí; no sé si debe enseñarlas. La falencia es desconocerlas. En algún momento en este debate alguien dijo: «Cuando se enseña Historia se enseña religiones». Sí, se enseña Historia... y pasan algunas religiones por ahí. Los modelos más integradores y más reconocedores de la persona y de su dignidad se hacen cargo de eso. No enseñar sobre eso implica esconder una parte de la realidad, por lo tanto es deformar la enseñanza. Si uno esconde una parte de la realidad en la enseñanza, no está formando personas críticas, no está formando personas que se integren al conjunto social y se hagan cargo de ser con otros en la sociedad.

El modelo sueco en eso es muy interesante. Allí la escuela del barrio va a todos los centros religiosos del barrio y nadie hace ningún problema. Al chiquilín le parece lo más normal porque tiene vecinos que son de otras religiones. ¿Por eso el Estado sueco es confesional? No lo es. ¿Por eso las medidas del Estado sueco sobre temas sexuales van a estar regidas por las Iglesias? No lo están.

Entonces, hay modelos políticos y hasta filosófico-ideológicos. El francés, que hemos heredado, es el mode-

lo más restrictivo, porque desconfía del ser humano, lamentablemente no confía en que haya otras opciones que se puedan integrar colectivamente en la disidencia, en el acuerdo, etcétera, y que se vaya construyendo ciudadanía conjuntamente con los que piensan distinto. Y los modelos como el sueco, que tienden a decir que, si alguien es ciudadano de este país, yo como Estado tengo que protegerlo en todo, en las situaciones familiares, en la escuela y también en su capacidad de conocer el resto de las religiones, en su capacidad de profesarlas; no solo tolerarlas, sino entender que es un derecho y, si es un derecho, veamos los mecanismos para defenderlo.

—*En el plano internacional, los conflictos y las atrocidades a las que asistimos, parecen muy alejados y que no inciden en nuestra región. ¿De verdad inciden en América Latina? ¿Hay algo que nos estamos perdiendo?*

—Es una pregunta difícil. Esos conflictos son difíciles, no tienen una sola explicación. No es que sea un conflicto religioso, como parecía en Irlanda, donde tampoco era un conflicto religioso, sino un conflicto de identidades en pugna durante siglos. Uno encuentra en estos conflictos identidades, dominación económica, sometimiento cultural, hiperintegración global y reacción adversa desde lo local y lo diferencial de las identidades frente a eso, donde también juega lo religioso. Entonces, ¿cuál es el elemento determinante o clave?, ¿es el religioso o es que se genera una capacidad de reacción frente a una forma de vivir las



Huellas de la inmigración europea en América Latina. Iglesia de la Congregación Evangélica Alemana en Montevideo

Foto: Martina Steffen

cosas que lo religioso en algunos casos canaliza y en otros no?

Son conflictos muy variados. ¿Cómo nos llegarán a nosotros como sociedad? No lo podemos predecir. Hoy hubo un atentado en Túnez con diecisiete personas muertas. Por lo que leí en el titular de *El País* de Madrid, ninguno de los atacantes era de origen musulmán del mundo africano o de Oriente o árabe. Evidentemente hay descontentos con la forma en que se vive en la civilización occidental, que se canalizan por extremos religiosos o políticos o militares.

Es muy difícil saber cómo llegará eso a América Latina. Y además tendrá expresiones distintas. Por ejemplo, lo que decíamos de la laicidad. En Brasil, el vicepresidente es evangélico, y es vicepresidente entre otras cosas porque es un pastor evangélico potente. En buena parte de América Latina las bancadas evangélicas son importantes en los Parlamentos, tienen esa doble fidelidad: al lugar donde fueron electos

pero también la fidelidad religiosa. Es un mundo diverso del uruguayo, donde no podemos predecir si habrá expresiones violentas o no. Si hay sojuzgamiento, si hay humillación y si hay quien canalice eso, hay posibilidades de que suceda. Más allá de que, de repente, tengamos algo literalmente importado, una célula o un individuo que venga de afuera con esas convicciones y lo genere. Pero uno no ve en la cultura local ese tipo de caldo de cultivo para una explosión de ese estilo.

—¿Cuál cree que es el aporte del diálogo interreligioso para la democracia?

—Tiene varios niveles. Uno es el diálogo interreligioso entre los grupos religiosos, institucional entre las Iglesias, y un nivel de diálogo entre los creyentes. Son niveles distintos. También depende de cómo se enfoquen esos niveles: si lo hago para marcar mi diferencia dogmática con otro o para encontrar puntos de concordia. Como en cualquier sociedad en la que hay

visiones distintas sobre la verdad, lo importante es que esos grupos generen diálogo entre ellos y también con las autoridades estatales, para generar una comunidad local, para generar ciudadanía, y no ser ciudadanos de primera, de segunda o de tercera en función de si tienen una religión o la otra.

En ese sentido, el diálogo interreligioso habla de la calidad democrática. Cuando las sociedades son más democráticas se preocupan más por los derechos y su protección, se preocupan por sus ciudadanos y por el reconocimiento de estos. Entonces, a mayor calidad democrática, probablemente mayor capacidad de diálogo entre todos los actores de la sociedad, incluidos los religiosos, entre ellos y hacia fuera.

En Uruguay ha habido una experiencia de diálogo interreligioso desde hace ya años, interesantísima. Ha avanzado lentamente, es un proceso que lleva mucho tiempo. La Confraternidad Judeo-Cristiana tiene más de cincuenta años. Hay espacios que tratan de atender eso. Un colega argentino que también se dedica a la sociología de la religión me decía que estaban armando un seminario con los responsables de asuntos religiosos de cada gobierno. No pudimos mandar nadie de Uruguay, porque en Uruguay lo religioso no importa, entonces el gobierno no tiene nadie responsable de eso. No sé si tiene que tenerlo; me llamó la atención la situación, no la había pensado. No tenemos, será por nuestra tradición, lo religioso no importa. Pero lo religioso importa, marca; puede ser más radical, menos radical, pero a mucha gente le genera sentido de vida, visiones del

mundo, la acompaña toda su vida y en su muerte, por lo tanto es un fenómeno insoslayable.

—Hay un miedo, justificado o no, de importar problemas que no son de acá. Los conflictos en Siria y en Irak y la aparición de ISIS provocan flujos de emigrantes enormes, entre ellos de varios millones de cristianos. Tarde o temprano —en esto existe tradición—, Uruguay y la región se van a ver confrontados con la necesidad de tomar posición, de recibir o no contingentes importantes de gente que viene de allí, muy afectada por experiencias personales traumáticas. ¿Estamos preparados? Hoy, hijos de inmigrantes en Alemania se están enfrentando en Siria, hablan alemán; algunos son suníes que van a pelear como voluntarios de ISIS y otros van a enfrentarse como kurdos o como chiíes al Estado Islámico. ¿El problema dejó de ser importado y ahora es al revés? ¿Europa exporta voluntarios para esa guerra?

—Seguramente en el futuro seremos impactados por esta situación de exportación de gente de otros lugares del mundo. Este es un país muy chiquito, que no tiene un mercado muy grande, pero perfectamente tiene capacidad para recibir inmigrantes. ¿Será un tema solo de Uruguay —como ha hecho Suecia en el caso de los sirios— o será un tema regional? ¿Vendrán a Uruguay y saltarán a los países vecinos o vendrán a la región? ¿Vendrán en acuerdo con los gobiernos? El tema es inevitable: las variaciones culturales a lo largo de la historia, sean por imposición militar, por expansión comercial,

por turismo o porque hoy el mundo global permite moverse de un lado a otro en una forma increíble, se dan.

Los uruguayos somos muy temerosos, «que no nos pase eso». No podemos escaparnos del mundo en que vivimos. El tema es cómo enfrentamos eso, si lo enfrentamos para disciplinarlos y que abandonen sus creencias —que no son solo religiosas, son culturales, porque nacieron y se criaron con determinadas concepciones, se socializaron así—. Al venir a otra cultura evidentemente van a tener un *shock* inicial. ¿Cómo conjugamos lo inevitable de la venida de gente del exterior? Me parece que lo inteligente es dialogar, generar consensos, acuerdos de cómo integrarlos sin imponerles. Ahí hay siempre una tensión: «si vienen acá que sean como yo». Uno sabe que los emigrantes uruguayos por el mundo han ido a lugares donde es más fácil integrarse que en otros, por la cercanía cultural, etcétera, pero de alguna forma son como ellos y de una forma no son como ellos.

Es un tema abierto, evidentemente cualquier cambio en un país tan pequeño como este va a generar impactos de variado tipo. Yo estoy esperando a ver los impactos de la inmigración latinoamericana que ya tenemos, los cinco mil venezolanos que parece que hay, los dos mil quinientos peruanos, los dominicanos. Ese va a ser otro impacto, porque vienen de la tradición judeocristiana, de Occidente —en el sentido amplio, no en el sentido filosófico—, de pautas culturales similares, pero son distintos, somos todos distintos. Entonces hay que ver cómo eso se genera en el Uruguay, que apa-

» El diálogo interreligioso es una clave, por un lado, del reconocimiento de las personas y de sus derechos; y por otro, es un medio que tiende a generar vinculaciones, cercanías, respeto por el otro «

rentemente es muy homogéneo pero es un país de viejos y por lo tanto las novedades nos cuestan mucho.

Respecto al impacto de la inmigración latinoamericana, de alguna manera va a incidir. Hay vida social, hay movimiento, hay interacción, van a pasar cosas. Entonces también ahí vamos a tener un desafío como país. Esto sucede como fruto del éxito económico y de la democracia, por ambas cosas.

—Tal vez en el caso de los latinos de otros países no se note tanto, porque hablan el mismo idioma, aunque puedan hablar con otro acento, con otra melodía y tener otra música y otra forma de vestirse. Pero algunos de los sirios que vinieron ya pidieron hacer una mezquita. Eso es una solicitud oficial a los pocos meses de llegar acá. ¿Qué tiene que hacer el Estado uruguayo?

—Es una buena pregunta. En la mayoría de los Estados esto se hace, pero cuando hay un volumen de creyentes que la solventan, que la justifican de alguna forma. ¿La tiene que hacer el Estado? No lo sé. En algunos países lo hace el Estado y en otros no, y no por eso pierden la autonomía frente a los grupos religiosos. Lo que no

puede hacer es ignorarlo. Los creyentes musulmanes que hay en Uruguay, sobre todo en Montevideo, no llegan a mil personas. Entonces uno no ve que haya necesidad de salir del templo a la mezquita. Pero si tuviéramos cincuenta mil musulmanes, tendríamos una mezquita. En la medida en que las agrupaciones étnicas, religiosas, empiecen a crecer y a demandar, se verá.

—*Hay gente que argumenta: «el día que hagan una catedral en Arabia Saudita, los dejaremos hacer una mezquita acá».*

—Hay mezquitas en Roma también, y es cierto que no hay catedral en Arabia Saudita. Esa es una peculiaridad de las culturas diversas, diferentes en la forma de visualizar lo religioso. Occidente, con la secularización, ha generado una cierta distancia cultural con lo religioso. El mundo islámico no ha tenido secularización en sentido estricto; ha tenido procesos de secularización pero no como en Occidente, donde la separación entre lo religioso y lo político es importante. Evidentemente, mucha gente reaccionará: «no, de eso acá nada», y otros dirán: «sí, cuando nos dejen allá, los dejamos acá».

Estos elementos se presentan y uno no sabe cómo finalmente se articularán. Pero no hay que esconderlos. Existen, ¿cómo los resolvemos? No con negación. Me parece que lo peor es resolverlos con negación: «esto no existe, que se dejen de embromar y punto». Hay que resolverlos con inteligencia y con respeto. Puede ser: «Está bien, tienen todo el derecho, pero a ninguna Iglesia se le ha dado un terreno, a ustedes tampoco». O «sí, se les ha dado, a

ustedes también». El tema es ese, cómo resolverlo: con la negación, cuando pasa algo de eso, o con el respeto y el reconocimiento. «No tienen derecho, nadie acá tampoco», o «acá somos nosotros, ustedes vienen a nuestro país» —esto ha generado ciertos nacionalismos complicados en Europa, en Francia—. O «sí, tienen todo el derecho, como no hemos financiado a nadie, a ustedes tampoco; pero tienen el espacio, tendrán todas las posibilidades».

—*¿Una reflexión final desde el punto de vista sociológico sobre el diálogo interreligioso?*

—El diálogo interreligioso muestra un índice de la calidad de vida democrática. Cuando uno no es capaz de ver esas opciones en la gente, pierde calidad de vida democrática. El diálogo interreligioso es un diálogo entre personas e instituciones de la sociedad, existentes todas ellas, con convicciones distintas. Lo mejor que puede pasar es dialogar, como lo hace cualquier ser humano, pareja, colectividad, grupo, cuando hay diferencias, tensiones, puntos de vista diferentes. La negación del diálogo en cualquier nivel de la sociedad implica el conflicto cerrado, sin racionalidad, sin puntos de encuentro para aquello que nos obliga —porque vivimos y vamos a tener que seguir viviendo juntos— a generar la convivencia, a vivir decididamente juntos.

El diálogo interreligioso es una clave, por un lado, del reconocimiento de las personas y de sus derechos; y por otro, es un medio que tiende a generar vinculaciones, cercanías, respeto por el otro. Me decía el asistente de Asun-

tos Religiosos de la ciudad de Londres que en un momento se corrió la voz de que iba a haber un atentado contra una mezquita, y que los judíos, los católicos y los sufíes fueron a defenderla. Ellos han desarrollado en Londres una estrategia de dialogar con todos

y que todos se conozcan. La Alcaldía de Londres no tiene una posición religiosa oficial, tiene la posición de que lo religioso es parte de la vida de la gente y, por lo tanto, tienen que dialogar y encontrarse.



Testimonios de la inmigración y la diversidad religiosa

En Montevideo, monumentos a Confucio y a Iemanjá

Fotos: Martina Steffen

Entrevista realizada por Agustina Carriquiry y Manfred Steffen